TUI T. SUTHERLAND

TRADUCIDO POR MONKI_DONKI

ALAS DE FUEGO

WINGLETS #2 - ASESINO

Antes de la noche más brillante, los Alas Nocturnas estaban tramando algo...

Mortífero está listo para ser el próximo asesino de los Alas Nocturnas. Si puede convencerlos de que lo envíen a una misión con su madre, Golpeadora, demostrará que puede ayudar a los Alas Nocturnas a decidir quién gana la guerra entre las tribus de dragones de Pirria.

Pero cuando su misión da un giro inesperado, Mortífero tiene que tomar una terrible decisión... una que cambiará su camino para siempre, y quizás altere el curso de toda la guerra...

ALAS DE FUEGO

TÍTULO ORIGINAL:
ASSASSIN

AUTORA:
TUI T. SUTHERLAND

ARTE DE PORTADA:
JOY ANG

TRADUCCIÓN:
MONKI_DONKI

FECHA DE PUBLICACIÓN ORIGINAL:
29 DE SEPTIEMBRE DEL 2015

FECHA DE PUBLICACIÓN DE LA FAN-TRADUCCIÓN:
8 DE FEBRERO DEL 2025

CONTENIDOS

ASESINO 6
CRÉDITOS 34
TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS 35

Nota: Esta historia se sitúa aproximadamente dos años antes de la noche más brillante en la que eclosionan los dragonets de la profecía.

Mortífero era un dragonet que seguía órdenes.

Lee este pergamino, limpia esta cueva, pesca ese pez exacto, mata a ese prisionero problemático; lo que fuera, lo hacía, sin hacer preguntas.

(Bueno. Quiso hacer preguntas sobre el prisionero. Como: ¿por qué alguien había llevado a un dragón lodoso al hogar secreto de los dragones nocturnos en primer lugar? Por supuesto, él tenía que morir; nadie podía saber dónde vivían. ¿Y por qué hacer que un dragonet de cuatro años lo matara? Había muchos guardias que habrían estado encantados de recibir esa orden. Pero esa era su misión, y por supuesto, la hizo, tan limpia y rápidamente como pudo).

Obedecer a los mayores: lo más importante que un joven Ala Nocturna debía aprender. Eso, más la lealtad a la tribu y cómo guardar un secreto.

Pero su nueva misión era un poco... confusa.

—¿Quieres que espíe a la reina? —Mortífero inclinó la cabeza hacia Golpeadora, la dragona que le había enseñado todo lo que sabía—. ¿*Nuestra* reina?

—Si está allí —respondió Golpeadora—. Me reuniré con Grandeza en una hora en la cámara del consejo, y quiero que te deslices dentro y escuches, si puedes.

No estaba muy seguro de cómo sentirse con esta orden. Confundía un poco su idea de quién estaba a cargo de él.

Por otro lado, Grandeza no era realmente la reina; era la hija de la reina y su portavoz. Nadie había visto a la reina Triunfal en persona desde que desapareció abruptamente de la vista pública varios meses antes. Tal vez ella estaría allí, oculta y escuchando, pero tal vez no.

Y posiblemente esta fuera una prueba de la que la reina realmente sabía.

Golpeadora siempre tenía razones más grandes detrás de sus órdenes, incluso cuando parecían misteriosas. Además, ¿qué más iba a hacer? ¿Desobedecerla? Poco probable; jamás.

—Sé tan sigiloso como puedas —dijo Golpeadora antes de girarse—. Y encuéntrame después en tu cueva de dormir.

Mortífero se dirigió directamente hacia la cámara del consejo, dándose tiempo para evitar a los guardias que pudieran estar apostados. Las sombras lo engulleron, negro contra negro, y mantuvo sus alas plegadas para ocultar el resplandor de las escamas plateadas debajo.

Se deslizó por uno de los túneles traseros hacia la cámara que salía justo debajo de El Ojo de la Reina, y luego serpenteó a lo largo de la pared hacia la cueva más cercana. No había manera de saber si la reina estaba allí, observando desde detrás de su pantalla de piedra, pero por si acaso, se mantuvo fuera de su línea de visión. Se metió en los rincones más oscuros, sintiendo la roca irregular presionar su espalda y su cola.

Pasaron horas antes de que finalmente escuchara garras acercándose. Pero esto era algo en lo que también había trabajado con Golpeadora: mantenerse perfectamente inmóvil, sin importar cuánto gritaran sus músculos.

—Más vale que esto tenga algún sentido —gruñó una voz masculina profunda.

Mortífero no estaba seguro de quién era.

—No tienes por qué estar aquí —replicó una voz femenina, tajante. Esa era fácil; Mortífero había estado escuchando la voz de Golpeadora todos los días desde que había nacido—. Grandeza, esto es un asunto para ti, para mí y para la reina. Nadie más.

—Oráculo es uno de los asesores más confiables de la reina, y ella quiere que lo consultemos sobre cualquier cosa que pueda afectar la profecía —respondió Grandeza. Siempre sonaba un poco nerviosa, como si no estuviera segura de que alguien le creyera lo que decía.

—Eso es cierto —dijo Oráculo, con aire de suficiencia—. ¿Qué estás intentando conseguir ahora, Golpeadora?

—Espera —dijo Grandeza—. Déjame quedarme junto a El Ojo de la Reina, por si madre tiene algo que decir. —El sonido de sus alas llenó la cueva, y Mortífero la imaginó volando hacia el costado de la pantalla—. Bien —llamó—. Adelante.

—Sabes que me envían al continente —dijo Golpeadora, lanzándose directamente al tema—. Para llevar a cabo la nueva estrategia del consejo

de asesinatos selectivos, comenzando con la creciente amenaza del Reino del Mar. Estoy aquí porque quiero que Mortífero esté en mi equipo.

Le costó toda la concentración de Mortífero mantenerse quieto. No se había dado cuenta de que esta reunión iba a ser sobre *él*.

«*¡El continente!*».

—No —gruñó Oráculo—. No seas absurda.

—Tú no decides —replicó Golpeadora—. La reina sigue siendo la reina, a pesar de todas tus pretensiones últimamente, Oráculo.

—Va en contra de todas nuestras reglas —dijo Grandeza con tono apologético—. Es demasiado joven, Golpeadora. Sabes que nunca dejamos que los dragonets salgan del reino hasta que tienen diez años. ¿No tiene solo cuatro?

—Sí, pero es el dragonet más inteligente de la tribu —dijo Golpeadora—. Y si queremos entrenarlo para ser nuestro próximo asesino, tiene que empezar ahora. Necesita conocer la geografía de Pirria y cómo funcionan las siete tribus.

Necesita entender la política de esta guerra por el trono de los Alas Arenosas. Necesita aprender a infiltrarse en una tienda y cortar la garganta de un Ala Helada sin despertar al resto del ejército.

Mortífero *sabía* que podía aprender todas esas cosas. Quería aprenderlas con *tantas ganas*.

«*Por favor, déjenme hacerlo. No me hagan quedarme aquí otros seis años*». Había escuchado rumores sobre esta nueva estrategia. Las otras tribus de dragones estaban atrapadas en una guerra cruel, y dependía de los Alas Nocturnas asegurarse de que todo saliera como debía. Asesinar objetivos específicos era la primera parte del plan… pero asegurarse de que nadie supiera jamás que los Alas Nocturnas estaban involucrados era la segunda, tercera, cuarta y quinta parte.

Secretismo: esa era la palabra clave de los Alas Nocturnas.

Y también la razón para mantener a los dragonets alejados de las otras tribus. Los dragones mayores no confiaban en nadie menor de diez años para que mantuviera la boca cerrada si, por ejemplo, los capturaban los Alas Celestes o los Alas Arenosas.

—No puede aprender a ser un asesino eficiente desde aquí —continuó Golpeadora—. Y si muero en esta misión, no tendrán a ningún asesino, ni forma de entrenar a otro.

—¿No puedes entrenar a un dragón mayor? —dijo Grandeza, por encima del resoplido escéptico de Oráculo—. Elige a alguien que ya tenga diez años.

—Como Venganza —sugirió Oráculo—. O Masacre. Les encantaría practicar matar a otros dragones.

—Venganza y Masacre tienen piedras por cerebro —dijo Golpeadora—. Mortífero podría sacarles los ojos y atarles las colas en nudos antes de que siquiera notaran que estaba en la misma isla que ellos. Lo quiero a él y a nadie más. Puede mantener sus secretos, aunque sea joven. Y no voy a dejarlo aquí para que lo entrene alguien inferior a mí.

—Esto no tiene nada que ver con que sea tu hijo, supongo —siseó Oráculo.

—No lo trato como un hijo —gruñó Golpeadora—. Lo trato como un estudiante. Es mi aprendiz. El consejo aceptó eso cuando él eclosionó; por eso se llama Mortífero. Y ha estado a la altura del nombre. Será el mejor asesino de los Alas Nocturnas de todos los tiempos si me dejas llevarlo en esta misión.

«*Por favor, di que sí* —rezó Mortífero—. *Por favor, por favor, por favor, di que sí*».

—Ha matado a *un* prisionero Ala Lodosa —dijo Oráculo—. Eso no es más que una predicción de grandeza asesina futura. Déjamelo a mí y me aseguraré de que...

—¡*Nunca* lo dejaría contigo! —gritó Golpeadora.

—Esperen —llamó Grandeza por encima de los gritos de los dos dragones—. ¡Deténganse! ¡Shh! La reina está hablando.

El silencio cayó en la cámara del consejo. Mortífero ya había visto esto antes: Grandeza inclinándose hacia El Ojo de la Reina, escuchando atentamente la voz que solo ella podía oír.

—La reina tiene una propuesta —dijo finalmente—. El dragonet debe demostrar ser tan bueno como tú dices, Golpeadora. Si puede matar a Venganza o Masacre esta noche, con sigilo, antes de que salga el sol, entonces podrá ir contigo. Si no, deberás elegir a uno o a ambos en su lugar.

Hubo una larga pausa.

«*¿Por qué duda?* —se preguntó Mortífero—. *¿No sabe que puedo hacerlo?*».

—¿Y si uno de ellos lo atrapa y lo mata? —preguntó Golpeadora, con la voz repentinamente mucho más lenta de lo habitual.

—Entonces sabremos que no era adecuado para esta misión —dijo Oráculo con una risita arrogante.

—Esta noche —dijo Grandeza—. Esta es su única oportunidad, si crees que está realmente preparado. O si no, puedes elegir no probarlo. Entonces deberas dejarlo aquí cuando vueles al continente mañana.

¿Mañana? ¿Golpeadora se iba tan pronto?

Mortífero tensó los músculos de la mandíbula. «*Iré con ella, cueste lo que cueste*».

El primer paso fue encontrar a Venganza y Masacre, lo cual debería haber sido fácil después del entrenamiento de Golpeadora. Una de las tareas regulares de Mortífero era memorizar la nueva lista de guardias y el horario rotativo de caza cada semana. Así que sabía que Masacre debía estar de guardia, patrullando las torres exteriores, y Venganza no estaba programado para cazar.

Pero también conocía a estos dragones, al menos por reputación. Eran primos, ambos de mal carácter y crueles con todos excepto entre ellos. Incluso desde la distancia, Mortífero sabía que Masacre era perezoso y Venganza era codicioso y desobediente.

También sabía que nadie había estado haciendo cumplir los deberes de los guardias desde la… ¿desaparición? ¿retiro? Lo que sea que estuviera haciendo Triunfal tras esas pantallas. Grandeza estaba demasiado abrumada, Oráculo concentrado en la profecía, y la mayoría de los Alas Nocturnas pensaba que patrullar y hacer guardia eran tareas estúpidas e innecesarias que nadie debería tener que hacer. Después de todo, si ninguna otra tribu podía *encontrar* a los Alas Nocturnas, ¿contra qué habría que protegerse?

Así que probablemente el último lugar donde encontraría a Masacre sería patrullando las torres exteriores. Y Venganza podría estar deslizándose tranquilamente cazando cuando no se suponía que debía hacerlo.

¿Pero el escenario más probable? era que ambos estuvieran profundamente dormidos

Mortífero consideró primero encontrar a su madre; ella había salido de la cámara del consejo con Grandeza y Oráculo. Sabía que ella esperaba verlo de vuelta en las cuevas de descanso de los dragonets. Pero ya conocía su tarea y quería demostrar que podía hacerlo sin su ayuda. La medianoche se acercaba rápidamente. No quedaban muchas horas para completar su misión.

Cerró los ojos y consultó el mapa en su cabeza. Masacre y Venganza dormían en cuevas compartidas con otros Alas Nocturnas; podría encontrarlas fácilmente, pero sería muy difícil matarlos sigilosamente si había otros dragones allí.

La cueva de Venganza estaba más cerca, y Venganza tenía suerte, porque dos dragones jugaban con huesos y pequeños cráneos en la entrada. Mortífero echó un vistazo, actuando con naturalidad mientras pasaba. No creía que Venganza fuera uno de los tres dragones que dormían en los nichos más alejados, pero no tenía forma de asegurarse sin llamar la atención.

Así que, la cueva de Masacre. Subiendo por un largo y sinuoso túnel, pasando por la biblioteca, pasando por la sala del trono, bajando otro túnel.

El pasillo estaba vacío. No se oían sonidos provenientes de la boca de la cueva adelante.

Mortífero avanzó sigilosamente sobre sus garras, sin hacer ruido.

Un leve sonido lo hizo detenerse por un momento. Volvió a escucharlo, y se dio cuenta de que era un ronquido, pero nada como los enormes ronquidos que escuchaba todas las noches de Fortachón, el dragón más ruidoso al dormir en la fortaleza. Esperó un momento, luego siguió avanzando hasta que pudo ver dentro de la cueva.

Seis dragones dormidos, con sus alas negras subiendo y bajando mientras soñaban.

Se deslizó entre ellos, estudiando sus rostros en el brillo anaranjado de las paredes.

Y ahí estaba. Masacre, profundamente dormido, babeando un poco. Estaba demasiado delgado, como la mayoría de los Alas Nocturnas, y tenía una expresión nerviosa y furiosa, incluso mientras dormía. Mortífero lo recordaba de una clase de entrenamiento en la que Masacre había herido a un dragón joven jugando demasiado rudo y luego se jactó de ello.

No sería una gran pérdida para la tribu.

Y sin embargo... era un Ala Nocturna. Un dragón con el que Mortífero había hablado realmente. Un miembro de su tribu.

El peso de la culpa de repente golpeó a Mortífero como una cueva desplomándose.

¿Realmente podría matarlo? ¿A un compañero Ala Nocturna? Mientras dormía, además, ¿como un cobarde?

«*No como un cobarde. Como un asesino. El sigilo es el objetivo. Para esto he estado entrenando*».

El dragón dormido dejó escapar un largo suspiro por la nariz, exhalando humo en los ojos de Mortífero. Mortífero parpadeó hasta que pudo ver con claridad de nuevo, manteniendo el resto de su cuerpo tan inmóvil como una estalactita.

«*Si no hago esto, me quedaré solo aquí.* —Su padre estaba muerto. No tenía hermanos ni hermanas. Su madre podría estar ausente en esta misión

durante años, dijo ella—. *¿Qué pasará con mi entrenamiento? ¿Tomará Oráculo el control? ¿En qué me convertirá él?*»

«*Necesito ir con Golpeadora*».

No solo eso, sino que ir con ella significaba salir del Reino Nocturno, que era el sueño de todos. El continente era seguro (excepto por la guerra), y limpio (excepto por los otros dragones), y había tanta caza allí que podría comer *todos los días*.

Ahí estaba su destino. El mejor asesino de Pirria nunca dudaría sobre un pequeño asunto como matar a uno de los suyos. La misma reina había ordenado esto.

Sus garras vacilaron en el aire mientras alcanzaba la garganta de Masacre.

«*Él lo haría conmigo sin pensarlo. Él no necesitaría una razón, solo una orden*».

«*Esa es la verdadera prueba: ¿Puedo seguir órdenes? ¿Haré exactamente lo que se me diga, sin importar qué sea?*».

«*Puedo. Lo haré*».

Masacre estaba a punto de dar su último suspiro cuando, de repente, se oyó un ruido de raspado en el pasillo. Mortífero se presionó contra el suelo, fuera de la vista de la entrada.

Pesadas garras entraron en la habitación. Mortífero pudo escuchar las puntas de las alas rozando el techo y el sonido de un gruñido en la garganta de alguien.

Se deslizaba hacia atrás, alejándose del nicho rocoso donde Masacre dormía, hasta quedar oculto detrás del siguiente lugar de descanso y del dragón roncador allí.

Pero aún podía ver la parte superior de las alas que se acercaban a la cama de Masacre, y podía escuchar la voz susurrante que lo despertó.

—Masacre —siseó—. Despierta. Silenciosamente. Ven conmigo.

Masacre dejó escapar un largo gruñido y luego un jadeo amortiguado mientras quienquiera que fuera envolvía sus garras fuertes alrededor de su hocico.

—Te dije que silenciosamente. Levántate.

Se oyeron ruidos de pataleo. Si Masacre pensaba que eso era sigiloso, definitivamente no debería ser permitido en misiones de sigilo. «*Probablemente acabaría haciendo que mataran a Golpeadora*», pensó Mortífero, molesto.

—¿Qué pasa? —susurró Masacre mientras los dos dragones comenzaban a salir de la cueva.

—Alguien viene a matarte —gruñó el otro dragón—. Pero vamos a prepararte para matarlo primero.

Oráculo. Mortífero lo había adivinado en el momento en que escuchó los pasos de garras. Oráculo estaba saboteando sus posibilidades de completar la misión. La furia lo golpeó con sus garras poderosas.

«*Respira, mantén la calma. No te dejes atrapar. No hagas nada imprudente. No dejes que tu ira te controle*».

«*No dejes que él gane*».

—Vaya —dijo Masacre, sonando un poco más despierto—. Genial. He estado *pidiendo* a alguien a quien matar desde hace *tiempo*.

Mortífero esperó hasta que estuvieron justo fuera de la cueva y luego se deslizó tras ellos, navegando cautelosamente entre los otros dragones dormidos. Echó un vistazo alrededor de la esquina y vio a Oráculo conduciendo a Masacre por el túnel hacia la sala del trono.

—¿Dónde está tu primo? —gruñó Oráculo a Masacre, quien todavía se restregaba los ojos y hacía ruidos de sueño.

—¿Cómo voy a saberlo? —murmuró Masacre—. ¿Durmiendo? ¿Como cualquiera lo estaría?

—No, no está allí —dijo Oráculo.

—Entonces, estará cazando, supongo —dijo Masacre encogiéndose de hombros.

—No le toca a él —Oráculo se detuvo con un silbido—. Sí. Probablemente tengas razón.

Llegaron a la parte más estrecha del túnel, donde los dragones solo podían caminar en una única fila, y Oráculo avanzó, murmurando furioso.

—¿Quién está tratando de matarme? —preguntó Masacre—. ¿Puedo matar a ese dragón con una lanza o con mis garras?

Mortífero se deslizó por la pared hasta que estuvo justo detrás de Masacre. En una bolsa alrededor de su cuello, discos plateados mortales golpeaban contra su pecho. Solo había comenzado a entrenar con ellos la semana pasada; normalmente se sentiría más cómodo con sus garras. Pero los discos eran más rápidos y silenciosos. Solo tendría una oportunidad para hacer esto bien. Con cuidado, sacó uno y lo sostuvo en la palma de su mano.

—Un dragón joven con una inflada idea de sus propias habilidades —llamó Oráculo hacia atrás—. Le han dicho que será un gran asesino algún día, y la reina ha decidido... —Mientras el enorme dragón seguía hablando, Mortífero saltó sobre la espalda de Masacre, le cerró el hocico y deslizó el borde serrado del disco plateado limpiamente de una oreja a la otra, cruzando la garganta de Masacre.

De la herida brotó un suave suspiro burbujeante, y luego un suave golpe cuando Mortífero bajó la cabeza de Masacre al suelo. Ambos fueron amortiguados por el eco de la voz de Oráculo, que hablaba de impertinencia.

Cuando Oráculo se dio la vuelta, Masacre estaba muerto y Mortífero había desaparecido.

Golpeadora caminaba de un lado a otro frente a las cuevas donde dormían los dragonets, con el ceño fruncido por la ansiedad de una manera que Mortífero nunca había visto antes.

—¡Mortífero! —gritó cuando él apareció de las sombras—. ¿Dónde estuviste? ¿Por qué no seguiste mis órdenes?

—Lo hice —dijo Mortífero, sorprendido—. Estuve allí. Oí toda tu reunión con la reina.

—¿Tú? Pero no te percibí allí... —Lo miró con ojos desconfíados y brillantes—. ¿Me estás mintiendo?

—¡No lo haría! —dijo él indignado—. Me escondí bien, tal como me enseñaste. Estuve escuchando todo el tiempo. Mañana te iras al continente y yo voy contigo.

—No —dijo ella—. No vas. Tienes que quedarte aquí.

—No según lo que oí —dijo él. Extendió sus garras, aún cubiertas de la sangre de Masacre—. ¿Ves? Misión cumplida. Podemos irnos al amanecer.

Ella miró sus garras empapadas en sangre.

—¿Qué… qué hicis…? —preguntó, atónita.

—Exactamente lo que me has estado entrenando para hacer —dijo él. Tenía que admitir que esperaba una reacción un poco más entusiasta—. Masacre está muerto. No gracias a Oráculo, que intentó advertirle, lo cual es bastante grosero, ¿no crees?

—¿Lo hiciste tú? —susurró ella—. ¿De verdad mataste a Masacre?

Él le describió el asesinato, de la misma manera en que ella le había contado sus propios asesinatos muchas veces, usando un lenguaje preciso y rápido para capturar la pelea en tantos latidos como le había tomado completarla.

—¿Por qué te ves tan preocupada? —preguntó él cuando terminó—. Estaba siguiendo las órdenes de la reina Triunfal.

—Iba a decirte que no lo hicieras —dijo ella, frotándose la frente—. Porque era demasiado peligroso.

—Oh —dijo Mortífero—. Pero… funcionó, así que ¿yupi?

—Sigue siendo peligroso —dijo Golpeadora—. Oráculo querrá castigarte. No le gustará que una de sus mascotas este muerta.

Mortífero se encogió de hombros.

—Aceptó el trato. Debería haber sabido lo que pasaría.

—Todavía puede causarnos problemas. O podría obligarnos a llevar a Venganza también, quien te odiará y tratará de hacerte daño por lo que le hiciste a su primo.

Mortífero no estaba preocupado. Sabía que podía enfrentar a Venganza tan fácilmente como a Masacre, aunque ambos fueran más del doble de su tamaño.

Golpeadora pensó por un breve momento, luego suspiró dejando escapar una espiral de humo.

—Solo hay una cosa que podemos hacer —dijo—. Irnos ahora mismo. Si ya está hecho, nadie podrá detenernos. ¿Necesitas algo?

—No —dijo Mortífero, sintiendo como si toda su sangre hubiera sido reemplazada por rayos. Podría volar hasta el sol si ella se lo pidiera—. Estoy listo. ¡Vamos!

Momentos después, ya estaban en el aire. El Reino Nocturno se desvanecía detrás de ellos, y el gran futuro de Mortífero como asesino se desplegaba ante él como el amanecer.

Dos semanas después de comenzar su expedición, hicieron una pausa en la costa este de Pirria, a un corto vuelo al norte de Delta de Espuma Diamantina. Allí, el bosque se acercaba al océano, dejando solo una franja de playa de guijarros habitada por gaviotas arrogantes y focas desconcertadas.

—Nuestro primer objetivo es un Ala Marina —dijo Golpeadora, extendiendo sus alas para equilibrarse mientras las olas lamían la roca bajo ella.

En esas dos semanas de entrenamiento y exploración, hasta el momento, ningún Ala Nocturna los había encontrado. Mortífero seguía teniendo pesadillas con alas negras descendiendo del cielo, con garras sujetando un pergamino que le ordenaba regresar para ser castigado por asesinato.

No estaba seguro de dónde venían esas pesadillas. Durante el día, no se preocupaba en absoluto por eso. Sabía que había seguido las órdenes de su reina. Había ganado su lugar en esta misión.

Y era *glorioso* estar aquí, volando entre montañas nevadas y densos bosques, sobre el hermoso mar. Habían evitado cuidadosamente a todos los demás dragones (los Alas Nocturnas no debían ser vistos, si podían evitarlo), así que, en su mayoría, se habían mantenido en partes inhabitadas del continente, llenas de presas que se podían atrapar y comer con la misma facilidad que recoger fruta. Golpeadora había estado realizando nuevos ejercicios de entrenamiento con él todos los días, bajo cielos azules, en un viento que olía a un millón de posibilidades.

Mortífero nunca había sido tan feliz. Si los Alas Nocturnas vinieran a llevárselo, pensaba de vez en cuando que simplemente no iría. Se escaparía y viviría solo en los bosques en su lugar.

No realmente, por supuesto. Seguiría las órdenes, como siempre. Pero si nunca pudieran *encontrarlo* para *darle* esas órdenes, a él le estaría bien.

—¿Qué Ala Marina? —preguntó, girando sobre su cabeza.

—Primero, dime con quiénes están aliados —ordenó Golpeadora.

Mortífero aterrizó en la playa, no muy lejos de la roca en la que ella estaba posada. Comenzó a escribir en la arena con una garra.

—Hay tres hermanas que quieren el trono vacío de los Alas Arenosas —recitó—. La mayor, Brasas, que tiene el control de la principal fortaleza de los Alas Arenosas. En este momento, tiene a los Alas Celestes de su lado, probablemente ofreciéndoles territorio a lo largo del Gran Río de las Cinco Colas. Luego, Ampolla, la hermana más inteligente. Está aliada con los Alas Marinas y los Alas Lodosas, y nadie sabe dónde está su base ni dónde están sus seguidores Alas Arenosas. Por último, Llamas, la más joven y, según se dice, no es la garra más afilada del dragón. Se esconde con los Alas Heladas, pero poco a poco está ganando apoyo de los Alas Arenosas que han huido del desierto debido a la crueldad de Brasas.

—Eso es correcto —dijo Golpeadora—. Hasta ahora, Ampolla es la más poderosa, al punto que estamos preocupados de que pueda ganar la guerra en los próximos meses. Es inteligente y astuta, y paga muy bien a sus soldados, y sus aliados cubren una vasta extensión de territorio. Necesitamos ralentizarla.

—Porque no queremos que ella gane —dijo Mortífero.

—Porque no queremos que *nadie* gane durante otros diez años —dijo Golpeadora, con los ojos negros brillando.

—Ya veo —dijo Mortífero, observando a un par de cangrejos verdes marchar sin notar nada sobre sus garras—. Entonces, nuestra misión es alargar la guerra.

—Hay un plan en marcha —dijo Golpeadora. El viento azotaba sus alas y ella enterró sus garras en la roca—. Cada pieza de él debe funcionar para garantizar el futuro de la tribu Ala Nocturna. Esta es nuestra parte, y comienza con la comandante Tempestad.

—El Ala Marina —dijo Mortífero—. Nuestro objetivo.

—Sí. Ampolla ha encontrado una aliada militar tan inteligente como ella, pero aún más audaz. En los últimos meses, la comandante Tempestad ha liderado incursiones en territorios de los Alas Celestes y los Alas Arenosas que han sido devastadoras para el ejército de Brasas. Entre ella y Ampolla, podrían ganar esta guerra.

—Pero no lo harán —dijo Mortífero con confianza. Hundió sus garras en la arena y extendió sus alas para sentir la brisa marina—. Nosotros las detendremos.

—No es tan fácil —negó con la cabeza Golpeadora—. Los Alas Marinas tienen dos palacios: el Palacio de Verano y el Palacio de las Profundidades, pero nadie sabe dónde están, y probablemente estén bajo el agua. Eres muy talentoso, pero no he notado que te salgan branquias últimamente.

—¿Y si matamos a Ampolla en su lugar? —sugirió Mortífero—. Debe estar en tierra en algún lugar, ¿no?

—*Absolutamente no* —exclamó Golpeadora con una ferocidad repentina—. ¡No debes matar a ninguna de las tres reinas! ¡Eso arruinaría todo! Déjalas vivas *a toda costa*, ¿entiendes?

Mortífero parpadeó al mirarla. No entendía en absoluto, pero vio que no se suponía que lo hiciera. Se suponía que debía seguir órdenes y dejar que el plan se desarrollara según la agenda maestra de otro.

—Está bien —dijo—. Pero Ampolla y Tempestad deben encontrarse en algún lugar para discutir la estrategia, ¿en algún lugar donde Ampolla pueda respirar? Si encontramos ese lugar, podemos matar a Tempestad.

—Exactamente. —Ella lo miró por un largo momento, sus alas delineadas por el sol que brillaba detrás de ella. —¿Y cuál es la parte más importante de nuestra misión?

—No ser vistos —dijo él de inmediato—. No ser capturados. Nunca dejar que alguien sepa que los Alas Nocturnas están interfiriendo en la guerra.

Golpeadora asintió, luciendo levemente complacida, que era lo más complacida que lograba verse.

—Muy bien. Y si llegas a ser atrapado…

—Soy un Ala Nocturna renegado, exiliado de mi tribu, causando problemas porque estoy loco —dijo Mortífero—. Intenta que me maten rápido antes de que puedan torturarme.

—Especialmente Ampolla. He oído que sus métodos de tortura son… muy efectivos.

—No te preocupes. —Mortífero se elevó en el aire y sacudió la arena de su cola—. Me has entrenado bien.

La Bahía de las Mil Escamas estaba rodeada por un espolón de tierra que se asemejaba a la cola de un dragón, que se iba estrechando más y más conforme volaban hacia su extremo. Primero buscaron a lo largo de la costa, buscando signos de algún campamento secreto que pudiera esconder a un ejército entero de Alas Arenosas. Golpeadora no sabía exactamente cuántos Alas Arenosas habían seguido a Ampolla fuera del desierto, pero debía ser un número considerable, dado lo bien que les iba en la guerra.

Normalmente buscaban de noche, cuando sus escamas se camuflaban con la oscuridad. Mortífero había notado que su visión nocturna se volvía más aguda cuanto más tiempo pasaba alejado del Reino Nocturno. Y tenían suerte de contar con dos de las tres lunas casi llenas: su luz plateada iluminaba cualquier movimiento en las playas y acantilados de abajo.

En la segunda noche, volaron sobre un lugar donde varias fogatas brillaban, y Mortífero estaba seguro de que ahí era. Pero cuando descendieron, encontraron misteriosas construcciones de piedra pequeñas, casi como un castillo en miniatura rodeado de pequeñas fortalezas, y tras una investigación más detallada, resultó que todas estaban habitadas por carroñeros.

Algunos de los pequeños seres bípedos miraron hacia arriba desde las murallas mientras los dragones volaban sobre ellos, e incluso uno disparó flechas ardientes, lo cual fue bastante adorable.

—No sabía que los carroñeros pudieran construir castillos —dijo Mortífero a su madre.

—Estoy segura de que no pueden —respondió ella—. Supongo que encontraron esa guarida tal como estaba y se infestaron en ella.

—¿Pero quién más podría haberla construido? —preguntó él—. Es demasiado pequeña para un dragón.

Ella se encogió de hombros, desinteresada, pero Mortífero lo pensó durante el resto de la noche.

Finalmente, abandonaron la costa y comenzaron a buscar en las islas, lo cual no era tarea fácil, dado que había al menos mil de ellas hasta donde Mortífero podía ver.

Él ofreció varias ideas sobre cómo atraer a los dragones para que salieran de su escondite, pero Golpeadora las desechó todas.

—La impaciencia no es una cualidad útil en un asesino —dijo con severidad.

—Tampoco lo es tomar tres mil años para completar una misión —replicó él. Estaban descansando en una pequeña barra de arena. Sobre ellos, nubes grises ominosas se acumulaban, murmurando sobre sus malévolos planes para la noche.

—Los Alas Nocturnas juegan a largo plazo —le informó ella—. Usamos nuestra inteligencia superior para inclinar los eventos a nuestro favor, pero nunca debemos hacerlo de forma tan obvia que las demás tribus lo noten.

—Solo quiero prenderle fuego a *una* palmera y ver quién viene a investigarlo —argumentó Mortífero—. Nunca sabrán que fueron un par de Alas Nocturnas.

—No —dijo ella—. Demasiado riesgoso.

—Bah —dijo él, pero no insistió. «*Obedece a tus mayores, haz lo que te dicen*», se recordó a sí mismo. Incluso si significaba otra larga noche volando en lo que parecía un huracán inminente.

La tormenta los alcanzó de repente cuando estaban sobre un tramo de mar abierto. La lluvia golpeaba furiosamente en sus ojos y arrastraba sus alas como si intentara alimentar a los dragones al rugiente océano.

—¡Tenemos que aterrizar! —gritó Golpeadora a Mortífero. Señaló hacia el trozo de isla más cercano que podían ver a través de la lluvia torrencial. Pero cuando él giró para seguirla, otro movimiento llamó su atención, y le dio un golpe en la cola a su madre para hacerle esperar.

Abajo, apenas manteniéndose por encima de las olas, un dragón de color arena estaba batiendo sus alas con la cabeza agachada. No miraba ni a la izquierda ni a la derecha, y ciertamente no miraba hacia arriba para ver a los Alas Nocturnas, que se intercambiaron una mirada y luego lo siguieron.

El vuelo del Ala Arenosa era torcido, pero tenaz; estaba claramente decidido a atravesar el vendaval, lo que fuera necesario. Después de un rato,

Mortífero vio una isla por delante que debía ser su destino. Estaba desmesuradamente cubierta de vegetación: el tipo de lugar donde un ejército podría estar escondido bajo los árboles, y dos dragones volando por encima fácilmente podrían no verlos.

Mortífero no estaba muy impresionado con el Ala Arenosa, que ni siquiera miró una sola vez si lo seguían antes de aterrizar bruscamente en la playa y correr hacia los árboles.

—Eso debe ser —dijo Golpeadora. Sacó su lengua bífida y se rió—. Los encontramos.

—Ahora esperaremos por la comandante Tempestad —dijo Mortífero.

Golpeadora estiró las alas mientras un relámpago iluminaba todo alrededor.

—Y luego la matamos.

Otro relámpago brilló justo cuando ella giró, escaneando el horizonte en busca de una isla donde pudieran vigilar y esperar que pasara la tormenta.

—Allí —dijo Mortífero, bajando rápidamente por debajo de ella.

Y de repente hubo un estruendo como si el cielo se abriera. Una luz cegadora chisporroteó contra los ojos de Mortífero y Golpeadora dejó escapar un grito de agonía. Ella se estrelló contra él y él olió las escamas quemadas.

Él luchó por sostenerla, sus garras resbalando sobre sus escamas empapadas. Ella era demasiado grande, no podría volar con ella, no mientras estuviera inconsciente, no hasta la siguiente isla.

Lo único que pudo hacer fue guiar su curso en caída hasta la playa donde el Ala Arenosa había aterrizado. Él rodó para aterrizar primero, amortiguando su caída con un violento golpe que vibró por todos sus huesos.

La lluvia torrencial continuó mientras yacían allí, medio enterrados en la arena mojada. Mortífero trató de respirar profundamente, pero se sentía como si se estuviera ahogando.

Golpeadora estaba extendida en el centro de la playa, con los ojos cerrados y las alas desordenadas como cortinas rasgadas. No podía ver el lugar donde el relámpago la había alcanzado, era imposible en la oscuridad, contra sus escamas negras, con los destellos aún brillando frente a sus ojos deslumbrados por la electricidad.

Pero podía ver que estaban completamente expuestos allí, con Ampolla acampada a saber cuántos latidos de distancia. Si tenía guardias

atentos, ya podrían haber sido vistos. Su única oportunidad era esperar que el huracán hubiera obligado a los guardias a refugiarse, pero incluso si eso había sucedido, no duraría mucho.

—Golpeadora —gritó en su oído. Le sacudió el hombro, pero ella no respondió—. ¡Madre, despierta! Tenemos que escondernos. ¡MADRE!

Nada. Se limpió las gotas de lluvia de los ojos y escaneó la playa. Cerca de la línea de árboles había un grupo de palmeras caídas, tal vez alcanzadas por un rayo en una tormenta anterior. Eso tendría que servir.

Mortífero metió las alas de su madre cerca de ella y se hundió en la arena bajo ella, usando todo su peso para arrastrarla por la playa, un paso doloroso y fatigante a la vez. La arena mojada se pegaba entre sus garras y salpicaba en su boca, cubriendo las escamas de Golpeadora. Se sentía como si estuviera transformándose en un Ala Lodosa, y tal vez, de allí, en algún tipo de gusano, aplastado bajo las garras de alguien en el fondo de un charco de barro.

Pero finalmente, finalmente dio un último empujón y ella resbaló sobre la elevación y cayó en un hueco entre los árboles caídos. Con lo último de su fuerza, Mortífero arrastró las hojas de palma más grandes y empujó uno de los troncos a una mejor posición. «*Asegúrate de que parezca natural. Como si hubiera caído así*». Llenó la arena alrededor de su madre hasta que estuvo lo mejor oculta que pudo.

Sus piernas temblaban mientras regresaba a la playa con una de las hojas de palma. «*Una cosa más por hacer. Borrar todas nuestras huellas, todo rastro de que estuvimos aquí. Rápido, antes de que alguien nos vea*».

La lluvia podría encargarse de la evidencia por él, pero su entrenamiento no le permitiría arriesgarse. Mortífero apretó los dientes y barrió la playa, tratando de ocultar no solo las huellas de sus garras, sino también el rastro de arena removida que conducía directamente a su escondite.

La lluvia ayudaba, al igual que las enormes olas que trataban de tragar toda la playa. Mortífero caminó alrededor haciendo un desastre por toda el área, hasta que finalmente sintió que había hecho todo lo que podía. Se arrastró de vuelta a su madre, cavó un agujero en la arena y se quedó dormido al instante en medio de la tormenta que aullaba.

Pasaron dos días, pero Golpeadora no despertó. Estaba respirando, pero nada de lo que Mortífero hacía conseguía una respuesta de ella. A plena luz

del día, podía ver una terrible quemadura que zigzagueaba a lo largo de una de sus alas, pero lo único que podía hacer para tratarla era mantenerla fresca y húmeda.

«*¿Volverá a volar alguna vez?*».

«*¿Cómo voy a llevarla de regreso a casa?*».

«*¿Y qué pasa con la misión?*».

Sabía lo que Golpeadora diría. La misión es lo primero. La misión lo es todo.

«*Si yo fuera el que hubiera sido alcanzado por el rayo, ella ya habría seguido adelante y terminado la misión*».

«*Eso es lo que ella querría que hiciera*».

«*Eso es lo que me* ordenaría *hacer*».

«*Si me lo quito de encima, puedo concentrarme en cómo llevarla a casa*».

Así que a medianoche del segundo día, dejó su escondite y se adentró en la jungla de la isla, sintiendo su camino cautelosamente por el terreno desconocido. Extraños ululares y gritos provenían de los árboles; no podía decir qué era ave, mono, rana o insecto, pero todos parecían tener fuertes opiniones sobre algo.

Finalmente, escuchó un sonido indiscutiblemente de dragón: garras estampando y voces murmurando.

—Odio estar en la guardia nocturna —dijo uno de ellos—. Juro que me están trepando cosas.

—No puedo ver nada de todas formas con estos malditos árboles de sapos bloqueándome —gruñó el otro.

Mortífero pasó silenciosamente junto a ellos. Poco después llegó a una abertura entre los árboles y vio una laguna abajo, el agua tranquila salpicada con la luz plateada de la luna. Había tiendas montadas a lo largo de la playa. Estudió el campamento por un momento, notando que no había fogatas y que todas las tiendas eran del mismo color que la arena. Desde el cielo, sería fácil pasarlas por alto.

Tampoco había tantas tiendas como esperaba para un campamento de un ejército entero.

Tal vez el resto de los soldados estaban ocultos en los árboles, o dispersos en otras islas. «*Eso es lo que yo haría: esparcirnos en varias islas para que no puedan atacarnos todos a la vez*».

Se agachó más bajo mientras tres dragones salían de la tienda más grande. A la luz de la luna, era difícil estar seguro, pero pensó que dos de ellos tenían las anchas y planas frentes de los Alas Lodosas. Pudo ver la

peligrosa curva de la cola del tercer dragón; definitivamente era una Ala Arenosa. ¿Era Ampolla?

—Es un plan inteligente —dijo uno de los Alas Lodosas—. ¿Lo ideó la comandante Tempestad?

—No —respondió fríamente la Ala Arenosa.

—Bueno, necesitaremos que ella lo haga funcionar. Los Alas Marinas solo se arriesgarán si ella los convence.

—Lo sé —dijo la Ala Arenosa, azotando su cola—. Sería útil si me escucharan un poco más.

—Esto podría poner la fortaleza Ala Arenosa bajo nuestro control —dijo el otro Ala Lodosa—. Eso podría hacernos ganar la guerra.

—Sí —siseó la Ala Arenosa —. Puede que no te hayas dado cuenta, pero ese es el objetivo de todo esto.

El segundo Ala Lodosa giró su cabeza hacia ella con una expresión que Mortífero no pudo leer en la oscuridad.

—El objetivo para nosotros —dijo— es mantener a nuestra tribu a salvo. Le prometiste a la reina Gallareta que una alianza contigo nos protegería de una invasión de los Ala Marinas. Ella solo aceptó porque sabía que la comandante Tempestad podría ser una amenaza seria. No le importa quién se siente en el trono de los Alas Arenosas, y a mí tampoco.

—La comandante Tempestad estará aquí mañana —dijo la Ala Arenosa con suavidad—. Nos reuniremos entonces.

«*Mañana. Podría matarla mañana y terminar con la misión*».

«*¿Y luego qué? ¿Volver a casa, informar sobre mi éxito y pedir ayuda? ¿Podría alguien llegar a tiempo para salvar a Golpeadora?*».

Mortífero quería regresar a revisar a Golpeadora, pero pensó que no debería arriesgarse a moverse mucho por la jungla, especialmente porque tendría que regresar durante el día. Así que encontró un árbol sombrío con una buena vista de la tienda más grande y se enroscó en una de las ramas más altas para esperar.

La mañana siguiente estaba inusualmente fría, de esas en las que encender algo en fuego hubiera sido muy útil. Pero, por supuesto, no podía hacer eso.

Mortífero frotó sus garras lo más silenciosamente que pudo. Sus ojos se sentían cansados, como si alguien hubiera colocado rocas pesadas contra la parte posterior de sus globos oculares.

Una cosa que había notado desde que dejó el Reino Nocturno era que sus patrones de sueño parecían estar cambiando. En la fortaleza, siempre había seguido un horario reglamentado de entrenamiento matutino, pero

tanto él como Golpeadora se habían dado cuenta de que se mantenían despiertos más y más tiempo cada noche, y luego dormían cada vez más tarde por la mañana. Cuanto más brillaban las lunas, más despierto se sentía Mortífero.

No le importaba el cambio, pero debía admitir que hacía que las tempranas guardias de asesinato matutinas fueran mucho más dolorosas.

La mañana avanzó lentamente y el sol subió despacio en el cielo, que permaneció vacío de alas de dragón. Nadie llegó. Nadie se fue. Los dragones sacaban la cabeza de sus tiendas o patrullaban a lo largo de la orilla de la laguna.

La mayoría de ellos eran Alas Arenosas, con algunos Alas Lodosas por ahí.

Mortífero tuvo la sensación de que todos estaban esperando, exactamente como él.

Finalmente, su atención fue captada por un enorme chapoteo a su derecha. Levantó la cabeza para mirar y vio una pequeña ballena salir disparada del agua, forcejeando y retorciéndose. Un momento después, garras afiladas de color azul se hundieron en los costados de la ballena y la arrastraron de nuevo bajo el agua, desapareciendo en una nube de burbujas rojas.

Miró el lugar intensamente y se dio cuenta de que había ondas extendiéndose lejos de ese lugar... como si una procesión de dragones marinos estuviera nadando en su dirección.

Y, efectivamente, unos momentos después, una enorme Ala Marina azul-verde emergió del agua, sacudiendo sus alas vigorosamente. Era de complexión poderosa, tan grande como Oráculo, con hombros anchos, dientes relucientes y una cicatriz de quemadura en el cuello que estaba sanando, y tenía un tridente más largo que Mortífero atado a su espalda.

«*Santa lava* —pensó Mortífero—. *¿Se supone que debo matar* A ESO*?*».

La comandante Tempestad fue seguida por otros dos Alas Marinas: un gran dragón macho verde con ojos verdes oscuros y bandas doradas alrededor de los tobillos, y una hembra delgada con ojos pequeños y escamas gris-azules oscuras. Detrás de ellos, manteniendo sus escamas bajo el agua mientras observaban a las tropas en la playa, había unos veinte soldados Alas Marinas más.

—¡Ampolla! —gritó la comandante Tempestad, estampando un pie en la arena—. ¡Ya llegamos! ¡Vamos a terminar con esto!

La Ala Arenosa de la noche anterior salió lentamente de su tienda, levantando la cabeza. Incluso a distancia, Mortífero podía ver sus ojos brillando con peligro. Un patrón de escamas negras en forma de diamante corría a lo largo de su espalda y verdaderos diamantes negros colgaban de sus orejas, rodeados de oro blanco. Un aura de amenaza parecía rodearla.

Incluso de pie junto a la imponente comandante Ala Marina, Ampolla seguía siendo el dragón más aterrador de la isla.

—Qué placer que finalmente hayas decidido unirte a nosotros —dijo Ampolla, deteniéndose lo suficientemente lejos como para no tener que mirar hacia arriba a Tempestad—. ¿Vendrá finalmente la reina Coral?

—Ja —dijo Tempestad con una voz fuerte y jovial—. La reina tiene su propio reino que gobernar. Nunca tendrá que encontrarse contigo mientras yo esté aquí para manejar nuestras cumbres estratégicas. Pero me envió a su esposo, Agallas. —La comandante hizo un gesto con su ala hacia el dragón verde, quien esquivó ágilmente el golpe y le dio a Ampolla una sonrisa encantadora.

—Y esta es mi tercera al mando, Piraña —continuó Tempestad, asintiendo al otro dragón—. Dejé a mi segundo viendo las tropas, por supuesto. ¡Asegúrense de que no se diviertan demasiado, ja! —Su risa retumbante fue sorprendente cada vez; un grupo de gaviotas cercanas seguía disparándose al aire cuando comenzaba, para luego regresar con cautela y aterrizar hasta que volviera a ocurrir.

—La reina Coral manda sus respetos —dijo Agallas, haciendo una pequeña reverencia, aunque no muy comprometida—. Me ha enviado para iniciar una conversación contigo sobre posibles negociaciones de paz.

—¿Oh? —Ampolla lo miró fijamente, sin parpadear.

—Sí. Empezamos a preguntarnos si esta guerra realmente vale la pena para alguien involucrado —dijo Agallas—. Tal vez haya una manera de llegar a un acuerdo diplomático. Quizás dividiendo el Reino de Arena entre las tres, por ejemplo.

Mortífero notó que varios Alas Lodosas se habían acercado para escuchar. Incluso algunos Alas Arenosas habían detenido lo que hacían, inclinando la cabeza hacia el grupo de dragones alrededor de Ampolla.

Ampolla miró a Agallas sin parpadear durante un largo y tenso momento.

—Qué interesante —dijo finalmente—. Me pregunto si alguien involucrado siquiera lo consideraría. La paz por negociación. Qué... poco dracónico.

—Apuesto a que podría convencerlos —dijo Agallas, sonriendo nuevamente.

—A mí me parece bien —dijo Tempestad—. ¡Me encanta ser la comandante de guerra y todo eso, pero es un negocio desordenado!, ¿verdad? ¡Ja!

Ampolla le lanzó una mirada fulminante a sus garras cubiertas de arena.

Mortífero tuvo un pensamiento repentino y preocupante. «*No puedo dejar que Agallas tenga éxito*».

«*Golpeadora dijo que la guerra debe continuar... si él convence a todos de hacer paz, el plan de los Alas Nocturnas se arruinará*».

«*Pero, ¿qué hago? ¿Tengo que matarlo también?*».

«*Eso no está en mis órdenes*».

«*Y él está casado con la reina de los Alas Marinas. ¿Quién sabe qué nuevos problemas podría causar?*».

«*¿Entonces cómo lo detengo?*».

Sus órdenes no eran suficientes. Tuvo una repentina y aterradora visión de su futuro: si ese siempre iba a ser su trabajo, tal vez sus órdenes nunca serían suficientes.

—Bueno —dijo Ampolla, sacando la lengua—. Comencemos revisando mi nuevo plan de ataque, ¿les parece? Me siento confiada de que, si esto funciona, la guerra se terminará sin necesidad de... compromisos.

—No puedo esperar a verlo —tronó Tempestad. Miró al Ala Lodosa más grande—. ¡Oh, mira, estás aquí!

—Sí —dijo Ampolla—. Llevamos un par de días esperando. Se giró para regresar a su tienda.

—Armas —interrumpió el Ala Lodosa.

—¡Ah, cierto! —La comandante Tempestad sacó el tridente de su espalda y lo dejó caer con un golpe sordo sobre la arena frente a sus pies.

El Ala Lodosa dio un paso adelante y dejó su lanza junto al tridente.

Ampolla puso los ojos en blanco, sacó un cuchillo de una funda en su tobillo y lo lanzó al montón de armas.

Agallas, Piraña, dos Alas Lodosas y un par de Alas Marinas hicieron lo mismo con sus armas, y luego todo el grupo desapareció dentro de la tienda de Ampolla.

Mortífero estudió los objetos abandonados por un momento: otro tridente, un cuerno blanco retorcido que terminaba en una afilada punta en forma de garra, una espada, otro cuchillo y dos lanzas más que coincidían con la del Ala Lodosa.

Una idea comenzó a formarse.

La reunión estratégica duró todo el día, lo que le dio tiempo suficiente a Mortífero para obtener lo que necesitaba de un guardia que roncaba en uno de los campamentos en la jungla.

Se dio cuenta de que sus garras temblaban mientras se ponía en posición. Sabía que podía hacer lo que tenía que hacer… pero no estaba tan seguro de poder escapar después.

«*Si me atrapan, mi vida se acaba. ¿Y qué pasará con Golpeadora?*».

No podía pensar en ella en ese momento. Tenía que concentrarse en la misión, tal como ella habría ordenado.

«*¿Pero es esto lo correcto? ¿Lo aprobaría? ¿Me diría que fuera más sigiloso?*».

No había forma de saberlo; él era el único aquí que podía tomar esa decisión.

Y ahora estaban saliendo de la tienda. Tenía que hacerlo *ahora*.

Ampolla salió primero, su rostro una máscara de desagrado apenas disimulado.

Detrás de ella, el general Ala Lodosa, y justo detrás de él, la comandante Tempestad.

—Tienes razón, tienes razón —dijo Tempestad, sacudiendo la cabeza—. Entre nuestros tres ejércitos, este plan podría funcionar. Aunque la idea de un acuerdo de paz me tienta mucho, ¿no te pasa lo mismo, Pantanoso?

—General Pantanoso —corrigió el Ala Lodosa—. Tendría que preguntarle a mi reina. Lo que más necesitamos es una promesa de los Alas Marinas para…

El silbido de la lanza cortó el aire, dándole a la comandante Tempestad el tiempo justo para levantar la cabeza y ver cómo se acercaba, pero no lo suficiente para apartarse.

La lanza se hundió en su corazón. Sus ojos se abrieron al mirar la larga asta de madera que le perforaba el pecho.

—Vaya, hijos de estrella de mar —dijo, y luego se desplomó sobre la arena como una avalancha lenta.

Piraña, justo al salir de la tienda, vio a su comandante caída y chilló de rabia.

—¡Tempestad! —gritó Agallas, empujando a Piraña—. ¡Tempestad, no! ¡Tempestad!

La volteó sobre su espalda y presionó sus garras contra la sangre que brotaba de la herida.

No servía de nada. Mortífero estaba demasiado bien entrenado; la lanza había caído exactamente donde él había apuntado y el asesinato estaba completo.

Pero esa era solo la primera parte del plan.

—¡Busquen en los árboles! —rugió Piraña—. ¡Encuentren al que hizo esto!

Los soldados Alas Marinas saltaron del agua y se lanzaron a la playa.

Mortífero acercó sus alas y se quedó inmóvil, una sombra entre sombras en las ramas altas de un árbol, oculto por varios nidos de aves grandes, una estructura salvaje de ramas construida por monos y una telaraña gigante. Podía escuchar a los dragones zarandeando los arbustos debajo de él.

«*No te muevas. No te muevas. No… muevas… ni un músculo…*».

—Hay una nota —dijo uno de los Alas Arenosas, señalando la hoja que estaba encajada en el extremo de la lanza. La sacó y la extendió sobre la arena junto a Agallas, pero él estaba apoyado en el costado de Tempestad y sus hombros temblaban de sollozos.

«*Deja de sentirte culpable* —se ordenó Mortífero a sí mismo—. *Eres un asesino. Esto es lo que haces. Seguiste órdenes. Es por una mejor causa*».

«*Sería bueno saber cuál* es *esa mejor causa*», pensó.

Ampolla arrancó la nota de las garras de su soldado y la leyó rápidamente.

> ESTO ES LO QUE PENSAMOS DE SU TRATO SECRETO CON AMPOLLA. ¡QUÉDENSE EN EL AGUA DONDE PERTENECEN! ¡LA COSTA DEL REINO LODOSO ES NUESTRA!

Durante un momento de ansiedad, Mortífero pensó que Ampolla podría prenderle fuego a la nota, pero Piraña la tomó primero.

—¿Qué? —tartamudeó, mirando las palabras en la hoja. Giró para mirar el arma—. ¡Esa es una lanza de *Ala Lodosa*! ¡Uno de tus dragones hizo esto! —Apuntó con una garra al general Pantanoso.

—¿Por qué haríamos eso? —gritó él. Le arrebató la nota y la leyó—. ¿Qué trato secreto? ¿QUÉ TRATO SECRETO?

—No hay trato secreto —dijo Ampolla—. Obviamente alguien está tratando de romper esta alianza.

«*Oooooh*», pensó Mortífero, impresionado por su calma.

—¿Les prometiste a los Alas Marinas parte de nuestra tierra? —rugió el general Pantanoso.

—¿Hiciste que mataran a nuestra comandante para impedir que lo lográramos? —gruñó Piraña.

—¡AJA! —rugió él—. ¡Lo ADMITES!

—¡No queremos su estúpida tierra! —chilló Piraña—. ¡Pero ahora definitivamente la vamos a tomar!

Agallas levantó la vista, su rostro surcado por lágrimas.

—Esperen —dijo—. Esperen, vamos… nadie diga nada de lo que nos podamos arrepentir… deberíamos...

—Encontramos a estos dos en los árboles de allí arriba —gritó un soldado Ala Marina. Él y otros tres empujaron a dos Alas Lodosas confundidos hacia la playa, pasando justo debajo de la percha de Mortífero—. Exactamente desde donde vino la lanza.

—¡Nosotros no lo hicimos! —protestó uno de los dragones marrones—. ¡No sabemos nada de esto!

—¿Entonces alguien más se coló por delante de ustedes y lo hizo? ¿Y son los peores guardianes de la Bahía de las Mil Escamas, es eso lo que están admitiendo? —gritó Piraña.

—Escucha, nariz mojada —replicó el guardia—, no sabes nada de vigilar en tierra, así que guarda tu santurronería...

—¡Exijo que estos asesinos sean ejecutados! —Piraña rugió.

—¡Piraña! —intentó protestar Agallas.

—¡No era un Ala Lodosa! —rugió el General Pantanoso—. ¡Probablemente fue *ella*! —Apuntó una garra hacia Ampolla—. ¡Ella nunca le gustó Tempestad! ¡Cuando ustedes no estaban aquí, siempre se quejaba de lo ruidosa y apestosa que era, o de cómo todos siempre la adoraban como unos patéticos manatíes de ojos grandes!

—Eso es bastante inexacto —protestó Ampolla, elevando un poco la voz—. Nunca he comparado a nadie con un manatí en mi vida.

Piraña giró hacia Ampolla, azotando su cola furiosamente.

—Mata a estos Alas Lodosas asesinos ahora mismo, o tu alianza con los Alas Marinas habrá terminado.

—Toca una escama de sus cabezas y perderás a los Alas Lodosas para siempre —siseó el General Pantanoso.

Ambos miraron fijamente a Ampolla. Una extraña quietud se apoderó de la Ala Arenosa; sus fosas nasales se dilataron como si pudiera oler la traición en el aire.

—Alas Arenosas —dijo con su voz fría y dura—. Busquen en la isla. *A fondo*. Volteen todos los troncos, trepen a todos los árboles, vadeen todos los charcos. Encuentren al dragón que hizo esto. Será un Ala Celeste, o un Ala Helada, o uno de los Alas Arenosas de mis hermanas, cualquier Ala Arenosa que no pertenezca aquí. Cuando encuentren a ese dragón, lo traerán y lo mataré, y entonces podremos dejar atrás esta tonta distracción.

Los soldados Alas Arenosas se dispersaron de inmediato, moviéndose con tal precisión que Mortífero se preguntó si ya habían hecho este tipo de búsqueda antes. Podía imaginar que Ampolla era lo suficientemente paranoica como para ordenar algo así regularmente.

—¿Y si no encuentras a nadie? —gruñó el general Pantanoso.

—Entonces —dijo Ampolla—, debe haber sido uno de tus Alas Lodosas, ¿no estás de acuerdo?

—No lo estoy —replicó él.

—¿Qué vamos a hacer sin ella? —dijo Agallas tristemente. Dobló las alas de Tempestad con suavidad y cerró sus ojos.

—Es solo una dragona —dijo Ampolla—. Aún ganaremos la guerra. Tráeme a la reina Coral y te explicaré cómo.

Agallas no respondió. El silencio cayó sobre el pequeño grupo en la playa.

Mortífero nunca había estado tan quieto por tanto tiempo. Las sombras se alargaban, estirándose hacia la noche, mientras los Alas Arenosas se adentraban en los arbustos debajo de él. Uno incluso subió a su árbol, observando intensamente la silueta congelada de Mortífero, pero cuando una de sus alas se enredó en la telaraña, comenzó a maldecir y bajó de nuevo.

En el gris crepúsculo, los soldados de Ampolla comenzaron a reunirse en el borde de la laguna frente a ella, informando uno tras otro que la isla estaba vacía de dragones enemigos.

La última pareja de soldados que llegó hizo una profunda reverencia, y luego uno de ellos dijo:

—Hemos encontrado a alguien.

Ampolla se tensó, su cola levantada como si pudiera cortar el aire a su alrededor.

—¿Qué hicieron?

Intercambiaron una mirada.

—No es lo que piensa, Majestad —dijo uno—. No puede ser el asesino que busca. Esta es una Ala Nocturna, la ha alcanzado un rayo y está inconsciente.

—Casi muerta, diría yo —estuvo de acuerdo el otro soldado.

«*Estúpido, estúpido, estúpido.* —Mortífero quiso arrancarse las propias orejas. Debería haber regresado y esconderla mejor antes de llevar a cabo este plan. Debería haber sabido que Ampolla registraría la isla con tanto cuidado—. *Estaba tan concentrado en la misión que me olvidé por completo de proteger a Golpeadora*».

—¿Podría haber alguien más con ella? —preguntó Ampolla.

—Lo dudo —respondió uno de los soldados—. No vimos otras huellas de garras cerca de ella. Parece que la alcanzó un rayo, se estrelló en la playa, se arrastró hasta un refugio y perdió el conocimiento. Probablemente en esa tormenta de hace un par de noches.

—¿Una Ala Nocturna, por aquí? —musitó Ampolla—. Qué curioso. ¿Intentaron despertarla?

—Sí, sí, Majestad, pero dudo que vuelva a despertar. Apenas respira, ¿sabe?

—Está bien —replicó Ampolla tajante—. Esto claramente no importa. Asegúrense de que esté completamente muerta y luego regresen.

Asintieron y volaron lejos.

La vida de Mortífero se le escapaba entre sus garras.

«*¡Ve tras ellos!* —gritaba su corazón—. *¡Detenlos! ¡Puedes matarlos fácilmente! ¡Sálvala!*».

«*Pero entonces mi tapadera sería descubierta. Nunca podría sacarla de aquí sin ser atrapado. Sabrían que fui yo quien asesinó a la comandante Tempestad; sabrían que no soy un Ala Nocturna renegado actuando como un loco. Matarían a Golpeadora de todos modos. Me matarían, jurarían vengarse de los Alas Nocturnas, y su alianza sería más fuerte que nunca*».

«*Todo esto no serviría de nada*».

Lágrimas silenciosas se deslizaban por su hocico, pero mantuvo su posición.

No se movió.

Siguió las órdenes.

«*Pero esto nunca volverá a suceder* —juró—. *Si alguna vez encuentro a alguien más por quien preocuparme, no dejaré que mi misión sea lo primero. Romperé cualquier orden. Pondré en peligro a mi propia tribu si es necesario*».

«*De alguna manera, compensaré esto. Algún día*».

La buena noticia era que un mensajero Ala Nocturna estaba esperando en el lugar acordado a la hora exacta acordada, la medianoche, un mes después de que Golpeadora y Mortífero hubieran dejado el reino.

La mala noticia era que era Oráculo.

«*Bueno* —pensó Mortífero—. *Esto es todo*».

—Hola —dijo, aterrizando junto al enorme dragón negro.

Oráculo le lanzó una mirada desdeñosa.

—No vales la pena ni para que gaste mi aliento —gruñó—. ¿Dónde está Golpeadora?

—No viene esta noche —dijo Mortífero con ligereza, como lo había practicado un millón de veces en el camino hasta allí—. Ella me envió.

—Eso es... —Oráculo hizo una pausa y lo miró durante un momento—. Molesto. No hago negocios con dragonets llorones.

—Entonces tienes suerte —dijo Mortífero. —Yo soy firmemente anti-llorones.

—Ya veo lo que está tramando ella —Oráculo movió su cola—. Pensó que si ambos se presentaban, yo insistiría en arrastrarte de regreso a casa, al lugar donde perteneces. Pero si solo eres tú, tendré que dejarte ir para que lleves las nuevas instrucciones de vuelta. Muy astuta.

Mortífero mantuvo su rostro neutral.

—Siempre he admirado la inteligencia de Golpeadora, también.

—Fue un buen truco el que hiciste con Masacre —dijo Oráculo con un bostezo falso—. Probablemente estarías mejor quedándote fuera del reino hasta que Venganza se calme. Aunque no te lo recomendaría, ya que, según lo que sé, fue nombrado bastante apropiadamente.

—No voy a perder ni un momento preocupándome por Venganza —dijo Mortífero—. Estoy aquí para informar. La comandante Tempestad está muerta. La alianza de Ampolla con los Alas Marinas y los Alas Lodosas ha sido desestabilizada. Nuestra predicción es que los Alas Lodosas la abandonarán por completo.

—¿De verdad? —Fue bastante satisfactorio ver a Oráculo tan sorprendido—. Eso es... mejores noticias de las que esperábamos. Eso debería ralentizarla significativamente. No llegará lejos solo con los Alas Marinas.

—Un área potencial de preocupación es si los Alas Lodosas se alinearán con alguna de las otras hermanas —continuó Mortífero—. Y recomendamos mantener un ojo vigilante sobre un Ala Marina llamado Agallas, que parece estar decidido a negociar la paz. Aunque —añadió rápidamente Mortífero, al ver el destello en los ojos del otro dragón—, no

recomendaríamos otro asesinato de Alas Marinas tan pronto después del primero. Podría ser sospechoso, desestabilizar demasiado las cosas, y desplazar el poder demasiado lejos de las garras de Ampolla.

—Cierto —dijo Oráculo—. Mantendremos un ojo en la situación. Mientras tanto, tienes una nueva misión.

—¿Ya? Quiero decir... bien. ¿Quién es el objetivo?

—Un general Ala Arenosa bajo el mando de Brasas. —Oráculo le entregó a Mortífero un pergamino—. Toda la información está ahí. Deberías poder encontrarlo en el Reino de Arena. Otro que es un poco demasiado inteligente y efectivo para nuestro gusto.

Mortífero desenrolló el pergamino, soplando una pequeña llamarada para poder ver el dibujo esquemático y el nombre escrito debajo.

—General Seis Garras.

—No debería ser difícil de identificar —dijo Oráculo con sequedad—. Presumiblemente, será el que tenga seis garras.

Mortífero enrolló el pergamino.

—¿Y nos encontramos aquí dentro de un mes? —preguntó.

—Te doy tres meses para esta. El Reino de Arena es más grande de lo que crees, con menos lugares donde los dragones negros puedan esconderse. Tu madre tendrá que enseñarte muchas habilidades nuevas para esta misión.

Un punzón de dolor, otro en mil momentos de pena oculta.

—Seguro que lo hará —dijo Mortífero—. Nos vemos en tres meses.

Oráculo se elevó primero, volando hacia el norte sin mirar atrás.

Mortífero observó su figura serpenteante perfilada contra las lunas hasta que desapareció, y luego desenrolló el pergamino de nuevo.

Tal vez el General Seis Garras no tuviera que morir, exactamente.

Tal vez solo necesitaba una buena razón para dejar de trabajar para Brasas.

Después de todo, si Mortífero lograba romper la alianza de los Alas Lodosas con Ampolla, tal vez podría mover algunas piezas más en el tablero.

Tal vez había otras formas de ser un gran asesino, si podías ver el panorama completo.

«*Haré que Oráculo me cuente todo algún día*».

«*Por ahora... veamos qué tan creativo puedo ser con estas órdenes*».

CRÉDITOS

TÍTULO ORIGINAL:
ASSASSIN

AUTORA:
TUI T. SUTHERLAND

ARTE DE PORTADA:
JOY ANG

TRADUCCIÓN:
MONKI_DONKI

FECHA DE PUBLICACIÓN ORIGINAL:
29 DE SEPTIEMBRE DEL 2015

FECHA DE PUBLICACIÓN DE LA FAN-TRADUCCIÓN:
8 DE FEBRERO DEL 2025

TABLA DE NOMBRES TRADUCIDOS

Para aquellos que quieran saber los nombres originales de los dragones cuyo nombre no tiene traducción oficial.

Personajes con apariciones físicas.

Golpeadora	Quickstrike
Tempestad	Tempest
Masacre	Slaughter
Pantanoso	Swamp

Personajes mencionados.

Seis Garras	Six-Claws